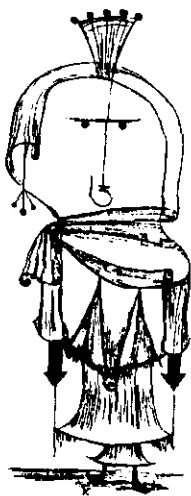


# La perestroika y el futuro del socialismo\*



I

Algunos lectores nos han estado pidiendo desde hace algún tiempo que escribamos sobre los acontecimientos recientes en la Unión Soviética. Hemos dudado en hacerlo por la falta de información suficiente para un análisis apropiado, especialmente si se trata de enfocar el examen a las reformas propuestas y a las que se están llevando a cabo, en relación con los intereses en conflicto: de las diferentes clases (o estratos sociales), de las nacionalidades y de las regiones de ese vasto territorio.

El surgimiento de huelgas y movimientos nacionalistas son signos claros de la división al interior de la población. Pero esto todavía no se ha manifestado en claras diferencias entre las clases u otros grupos sociales en relación con los diversos aspectos de las políticas emprendidas bajo el grupo de la *perestroika*.

Por otro lado, dentro de la misma élite gobernante soviética hay divisiones muy evidentes acerca del tipo de reformas necesarias y/o la velocidad de su realización. A pesar de la fuerte oposición que se ha manifestado al respecto, la sección reformista de la élite gobernante ha tenido bastante éxito en la consecución de avances significativos

---

\* *Review of the month* volumen 41, número 10, marzo 1990.

hacia la democracia y el debate abierto. Hasta donde sabemos, los debates provienen, con todo, de los sectores organizados de la sociedad, es decir, de las capas superiores.

Estos debates, desarrollados en un clima de libertad, han hecho públicas informaciones relevantes acerca de la naturaleza de las crisis económica y social en las que se ha visto inmersa la Unión Soviética. Pero la transparencia no se ha extendido aún a las políticas de clase e ideología. De hecho, buena parte de la discusión de la política económica se asemeja a aquella de los economistas burgueses según la cual los diagnósticos y los remedios propuestos están supuestamente libres de todo juicio de valor. En realidad, el lenguaje del socialismo prevalece básicamente como un compromiso con la "justicia social". Esto implica una defensa de medidas especiales dirigidas a los sectores más pobres y marginados de la población, y un reconocimiento de que las reformas en los precios en productos básicos y la remoción de subsidios causarán a las masas privaciones a las que no estaban habituadas. El blanco central de las reformas es, evidentemente, el logro de un alza rápida y continua en el producto nacional bruto; se asume para ello, como lo hacen los ideólogos burgueses atinadamente, que una marea creciente levanta a todos los barcos.

De ahí que, aunque se reconozca plenamente la necesidad de mejorar las pensiones, los servicios de salud y de educación etc., los debates de la *perestroika* son esencialmente de naturaleza tecnocrática. Los asuntos que trata —la combinación óptima de planificación y mercado, cuándo y cómo liberar precios, de qué manera balancear el presupuesto, el sistema bancario más apropiado para financiar empresas independientes, etcétera— se enfocan primero a cómo liberar la economía del estancamiento y, en segundo lugar, a cómo elevar la tasa de crecimiento a largo plazo.

En todo esto, el examen crítico de temas tan fundamentales como el significado y el propósito del socialismo parecen estar fuera de la "agenda" de los hacedores de la política y sus asesores. Nuestro examen parte, entonces, de tales consideraciones, y pone énfasis en aquellos aspectos que, en nuestro parecer, deberían estar considerando los socialistas en este país. Pero para comenzar, necesitamos revisar el contexto de la reestructuración planeada y que está en marcha en la Unión Soviética actual.

Aun cuando Mijail Gorbachov ha puesto su sello personal en la *glasnost* y en la *perestroika*, la importancia de estos proyectos va más allá de él mismo. Claro que los individuos en la cúpula del poder pueden hacer y de hecho hacen una diferencia. Pero también hay que señalar que el mismo Gorbachov es un producto del sistema soviético y que los cambios que él está encabezando tienen sus raíces en cambios y movimientos sociales que han estado germinando por largo tiempo.

La importancia de estos elementos ha sido ignorada por la mayor parte de los soviétólogos occidentales. Su visión ha estado limitada a la superficie de los fenómenos, lo cual ha originado que vean sólo a una sociedad inmóvil e inflexible, incapaz de efectuar grandes reformas. En contraste, un puñado de estudiosos marxistas de la Unión Soviética, que tienen la ventaja de percibir el presente como historia, han sido capaces de observarla como una sociedad en movimiento. Así Isaac Deutscher, poco después de la muerte de Stalin, apuntaba la posibilidad de una nueva salida histórica de la Unión Soviética producto de la "profunda contradicción... que madura entre —para usar el término marxista— la estructura social y económica y la superestructura política de la sociedad post-estalinista".<sup>1</sup>

El fin del reinado del terror estalinista puso al descubierto ciertamente presiones de grupos de interés

rivalizantes en la Unión Soviética, así como el juego de facciones en la élite gobernante. Sin embargo, por medio del compromiso y la represión, la superestructura política se mantuvo intacta durante muchos años. Y aunque la facción dominante pudo mantener la tapa cerrada, la olla siguió hirviendo con intensidad. En un ensayo premonitorio y esclarecedor, escrito hacia el fin de la era Brezhnev, Daniel Singer explicó lo que había en la baraja:

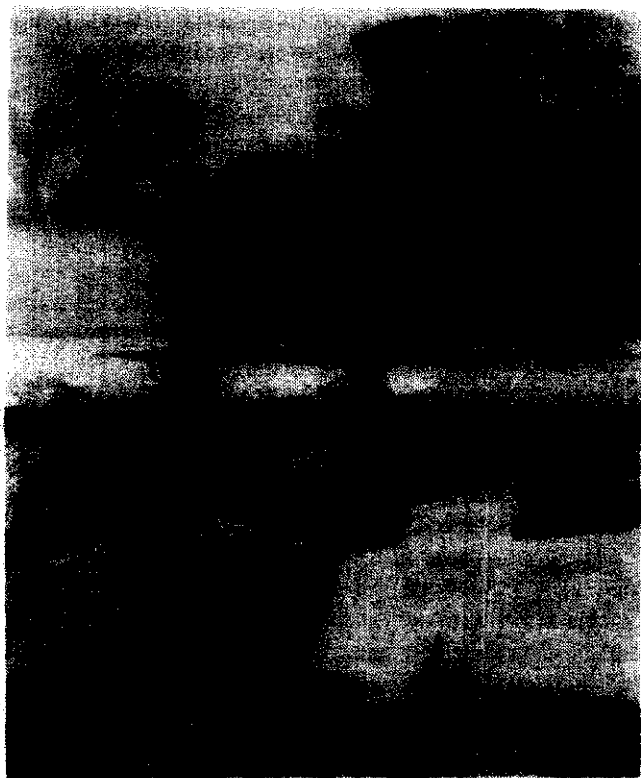
La jerarquía del partido, ligada no sólo a la propiedad estatal sino a todos los medios de control de la población, se ha preservado por encima de una tremenda transformación de la sociedad soviética, de cambios de su estructura casi más allá de todo reconocimiento. Es verdad que el terror de masas estalinista previno que estos cambios cristalizaran políticamente, y la represión más selectiva introducida por sus sucesores todavía no permite la expresión abierta de los intereses de clase. Pero, por debajo de la superficie, este nuevo maquillaje social está empezando a ejercer presión en la estructura del poder, especialmente arriba. Se está desatando un conflicto al interior de la jerarquía del partido, entre su ala burocrática y la tecnocrática; todavía oculto y en parte controlado, podría alterar pronto la naturaleza del *establishment* gobernante.<sup>2</sup>

Dos rasgos de esta tremenda transformación de la sociedad soviética han sido el crecimiento de las ciudades y la difusión de la educación de masas, cada una, parte integral de la rápida industrialización y de los respectivos programas sociales adoptados por la economía planificada centralmente. Durante la Revolución, cerca del 18% de la población total vivía en 800 ciudades y pueblos. Desde entonces, muchos de éstos se han expandido y se han creado otros tantos, así como nuevos asentamientos urbanos. Actualmente, dos tercios de la población vive en centros urbanos. Esto marca una gran diferencia respecto de la sociedad agraria prerrevolucionaria en la que más del 80% vivía en el campo.<sup>3</sup>

La urbanización es, por supuesto, un rasgo sobresaliente de todas las sociedades industrializadas, junto con los barrios pobres y guetos que todavía se encuentran en las ciudades más importantes de países con una larga historia de urbanización. Algo especialmente notorio ha sido la velocidad de transformación en la Unión Soviética. En sí mismo hubiera sido de llamar la atención si el proceso se hubiera desarrollado uniformemente durante los 72 años posteriores a la Revolución. Pero ese periodo incluyó la intervención extranjera, la guerra civil de los años veinte y la Segunda Guerra Mundial; todos estos sucesos implicaron años de reconstrucción. Por lo tanto, la urbanización se concretó a lo sumo en 80 años: la década de los treinta, y de 1950 a 1980.

Enfrentar los requerimientos de la población en proceso de urbanización (*burgeoning*) no fue fácil: tuvieron que ser construidos refugios, escuelas, hospitales, tiendas de menudeo, vías de transporte y mucho más. Pero la inversión para todo esto no fluía en la medida que realmente se necesitaba, ya que al mismo tiempo las fuentes de producción fueron absorbidas por la cuota de una industrialización igualmente sin precedentes. Las tensiones consecuentes de la vida en la ciudad han sido por mucho tiempo fuente de insatisfacción popular, misma que ha ido acentuándose conforme la brecha entre promesas y logros se amplió durante el estancamiento de la era Brezhnev.

El extraordinario crecimiento industrial originó, además de una contratación de la población, grandes cambios en la estructura social. Lo que sobresalía, por supuesto, era la formación de una creciente clase obrera que reemplazaba al campesino como el más grande sector de la población. Esta clase obrera cambió considerablemente a través de los años. Al principio creció como resultado de la migración de las áreas rurales, estimulada notablemente por las colectivización de la



agricultura. A los campesinos que entonces se congregaron en las ciudades para trabajar en la industria y en la construcción les era extraña la disciplina de las fábricas y en su mayoría eran analfabetos y sin escolaridad. Recordemos que antes de la Revolución sólo cerca de una cuarta parte de la población rural sabía leer y escribir. La devoción del gobierno revolucionario por la educación permitió rápidamente un fuerte incremento en la alfabetización y en la creación de un cuerpo de

técnicos e ingenieros. Todavía para 1939, sólo el 12% de los empleados en ocupaciones lucrativas tenía un nivel escolar superior al de la educación básica. Esto cambió drásticamente después de la Segunda Guerra Mundial. Para 1987, casi el 89% de los empleados había cursado la enseñanza media: y de éstos, las tres cuartas partes se graduaron en preparatorias generales o especializadas.

La clase obrera de las décadas recientes difiere de aquélla de los años inmediatos a la postrevolución también en otros sentidos. Muchos empleos industriales todavía están cubiertos por inmigrantes rurales, pero éstos ya no son los *muzhiks* de antaño; han asistido a la escuela, han tenido contacto con las matemáticas y la ciencia y están familiarizados con la maquinaria. Todavía más importante es que la clase obrera de hoy está compuesta en su mayoría por empleados de segunda y tercera generación cuyas raíces están bien planteadas en la manufactura, en la minería, en la construcción y en el transporte, donde han experimentado una estructura administrativa de orden jerárquico y una división del trabajo no muy distinta de la occidental.

También algo nuevo y significativo en los cambios sociales desde la Revolución ha sido el rápido incremento de una capa media (o capas) de la población. Es "media" en cuanto que está entre la clase obrera y los trabajadores del campo colectivizados, por un lado, y la élite gobernante (miembros del comité central del partido, jefes de los principales departamentos del gobierno y ministros de economía, y altos jefes militares), por el otro. Como es característico de las capas medias en otras sociedades, ésta engloba una amplia variedad de ingresos, influencias y privilegios. Aquí se encuentran quienes están a cargo de los niveles intermedios de la jerarquía del poder: la burocracia del partido y los jefes medios del gobierno y la empresa. Sus intereses están

ligados generalmente a mantener la estructura social existente, misma que les garantiza no sólo seguridad en el empleo y un grado de privilegio y poder, sino que también es una escalera que les permite una movilidad hacia puestos de más alto rango.

Otro componente muy distinto de la capa media lo conforman quienes se ocupan de la medicina, la educación, la cultura, el arte y la ciencia. La afluencia hacia estas actividades —alimentada por el incremento de la población universitaria, que de ser apenas de 1.2 millones en 1939 pasó a ser de más de 20 millones en la actualidad— testifica las prioridades sociales de la Revolución. Muchos de los ocupados en estas áreas se diferencian poco de los trabajadores industriales si se juzga de acuerdo con parámetros de estatus, ingresos y relación con la administración. Pero también están incluidos un gran número de profesionales e intelectuales privilegiados— gente de primer nivel en las ciencias físicas y sociales, literatura, arte, cine y medios de comunicación —quienes no sólo se benefician por un estándar de vida relativamente alto y prestaciones atractivas, sino porque han podido crearse un espacio aceptable que les proporciona cierto grado de independencia respecto de la burocracia anquilosada. Para la *intelligentsia* en su conjunto —incluyendo a quienes están lejos de la cúpula—, los derechos democráticos son de especial importancia por razones tanto tocantes al trabajo como personales. Y además sufren por carecer de los lujos y comodidades de que gozan sus colegas de niveles equivalentes en Occidente. De estos niveles provienen los economistas, sociólogos y analistas políticos que ayudan a diseñar la *perestroika*.

Tiene que reconocerse que los cambios sociales que acabamos de descubrir se materializan en un ambiente político particularmente rígido. En esencia, la sociedad soviética ha sido, en la idónea caracterización

de Oskar Lange, una economía de guerra *sui generis*. Los objetivos de la rápida industrialización y del fuerte aparato de defensa militar dominaron la "agenda" desde el principio. En las condiciones históricas dadas, y en contra de grandes males, las metas fueron alcanzadas por medio de un sistema jerárquico que gobernó con mano dura la mayor parte de los aspectos de la vida civil y también a la economía en su conjunto. Con esto vino una gran burocracia cuyas características más sobresalientes fueron la rigidez, y un sentido de inseguridad siempre presente, y la necesidad de proteger los intereses propios.

La urbanización, la propagación de la educación superior y el crecimiento de las capas sociales medias significaron sendos desafíos a la atrincherada burocracia. Surgieron tensiones en torno a algunos aspectos, tales como la ausencia de derechos democráticos, la distribución del producto social y la estrategia de desarrollo económico.

Es necesario recalcar especialmente que, a pesar de que las sociedades soviéticas están comprometidas ideológicamente con la eliminación a largo plazo de las clases y de otras diferencias agudas entre la población, la estrategia soviética de desarrollo y su estructura política acompañante produjeron nuevas formaciones de clase y perpetuaron antagonismos entre la población. En lo que concierne a los escalafones superiores, sus ventajas se muestran no sólo en ingresos económicos más elevados. Más importantes son las prestaciones que reciben, mismas que definen tajantemente la separación entre aquellos con poder y estatus y las masas populares.

Así, hay

centros de distribución manejados por la «agencia», policlínicas, facilidades de salud y recreación, casa, cafeterías, y hasta lavanderías que ofrecen servicios de alta calidad a la

burocracia, a precios favorables o sin costo alguno, pero que no están al servicio del hombre común y corriente, aunque éste pudiera pagar por ello.<sup>4</sup>

La cantidad y la calidad de las prestaciones varía de acuerdo con la riqueza de las instituciones que las otorgan y el estatus de los beneficiarios. Se han puesto a disposición de los sectores privilegiados de la *intelligentsia*, así como de los niveles más altos de la burocracia. En suma, ellos desvían la distribución de los recursos limitados en favor de una minoría privilegiada. Pero no es ésta la única fuente de problemas en el campo de la distribución, ya que persisten diferencias significativas entre los residentes urbanos y los rurales, entre los grandes centros urbanos (por ejemplo Moscú) y los distritos lejanos, y notablemente entre las regiones industrialmente avanzadas y las atrasadas.

Debe reconocerse en este sentido no sólo la existencia de diferencias en los niveles de vida como tales; estas diferencias eran inevitables si se considera el punto en el que los soviets comenzaron y la dirección de desarrollo que tomaron. Lo especialmente importante es que estas diferencias se han atrincherado y son reproducidas regularmente por la clase, el estatus y la región. En tales circunstancias, no había forma de que los conflictos de intereses entre sectores de la población y entre las regiones, en relación con la distribución del producto social y con el curso del desarrollo futuro, pudieran ser reducidos significativamente, mucho menos abolidos.

Un ejemplo impactante de conflicto de intereses es el que se da entre las regiones avanzadas y las atrasadas. A pesar de sus importantes logros económicos, la Unión Soviética está lejos de superar muchos de los obstáculos presentados por el subdesarrollo. 70 años después de la Revolución, el manual estadístico de la URSS de 1987 reportó lo siguiente acerca del estado físico de las escue-

las: "En el país en su conjunto, el 21% de los alumnos asisten a escuelas sin calefacción central, el 30% sin agua corriente y el 40% sin drenaje".<sup>5</sup>

El retraso en las áreas rurales es particularmente pronunciado. En su reporte a la Decimonovena Conferencia de toda la Unión del Partido Comunista de la Unión Soviética, Gorbachov dijo lo siguiente:

Me gustaría decir algunas palabras específicamente acerca del desarrollo social en el campo. Aquí, la sociedad ha acumulado una deuda considerable. La vivienda, las condiciones culturales y los servicios médicos tienen un nivel bajo en muchos distritos. Y hay que añadir la falta de comodidades en las casas del campo, el servicio eléctrico irregular, las dificultades para usar los recursos domésticos y el pobre estado de las carreteras.<sup>6</sup>

Y en algunas regiones, especialmente en las repúblicas soviéticas del sur y del este del país, las condiciones compiten con las de la mayoría de las regiones subdesarrolladas del Tercer Mundo. No sólo las escuelas y los hospitales, sino también pueblos enteros están sin agua corriente y sin drenaje. De acuerdo con una publicación de Birlik, un movimiento reformista en Uzbekistán, el 50% de los pueblos de la República Socialista Soviética de Uzbek no tiene agua corriente y el 93% no tiene drenaje.<sup>7</sup>

En general existen considerables diferencias entre las repúblicas, si se juzgan con criterios tales como: ingreso *per capita*, salarios de los trabajadores del campo, consumo de carne, vivienda, servicios de salud, etcétera. Es comprensible que puedan existir diferencias, sólo por razones de historia y geografía. Pero lo que es necesario remarcar en particular en este contexto actual es que estas diferencias revelan un patrón de fuertes contrastes entre las regiones más desarrolladas y

las menos desarrolladas. Lo siguiente, tomado de un reciente libro de dos importantes economistas soviéticos, ilustra el punto:

En algunas regiones del país el consumo *per capita* de carne estatal barata es de 1.5 a 2 veces mayor que en la zona de tierra Negra de Ucrania, en la región Volga, los Urales, y en la mayoría de las provincias Siberianas. La población apenas está dotada de vivienda en las regiones nuevas o en las repúblicas del Asia Central, donde cada habitante tiene de nueve a once metros cuadrados de espacio vital, en contraste con los quince (metros cuadrados) del conjunto del país.

En Asia Central, el nivel de asistencia médica es extremadamente bajo, especialmente en las áreas rurales. En Turkmenia más del 60% de los hospitales de maternidad, guarderías y hospitales pediátricos no tienen agua corriente, y cerca de las dos terceras partes de los hospitales no tienen tubería interior. La mortalidad infantil de la región en su conjunto es casi dos veces más elevada que el nivel nacional promedio. En Kirghizia la mortalidad infantil (de uno a dos años) es tres veces superior que el promedio nacional.

Será erróneo concluir que todo esto es simplemente el resultado de una actitud negligente por parte de las autoridades en Moscú. La explicación es más compleja. Bajo los Zares, estos territorios habían sido, en efecto, posesiones coloniales de Rusia, y las condiciones sociales y económicas ahí eran de un nivel extremadamente bajo, similar al de sus vecinos del Tercer Mundo, del otro lado de la frontera. La Revolución Socialista produjo un cambio radical. En contraste con las relaciones centro-periferia del mundo capitalista, se transfirieron recursos suficientes de las repúblicas más avanzadas hacia las menos avanzadas para producir un gran salto hacia adelante en materia de industrialización, así como en la atención de salud, educación y

facilidades culturales.<sup>9</sup> En aspectos cruciales, el desarrollo progresivo de las áreas relativamente atrasadas constituyó un modelo de lo que la planeación socialista puede lograr.

Los planificadores, sin embargo, tuvieron que enfrentar muchas demandas adicionales con los escasos recursos disponibles. Existía mucho subdesarrollo y pobreza aun en las repúblicas relativamente avanzadas. Se necesitaba una inversión de gran envergadura para desarrollar las fuerzas productivas e incrementar los estándares de vida a largo plazo. Se requerían recursos para armamentos, primero, para enfrentar la invasión alemana y, luego, para mantener la carrera armamentista durante la Guerra Fría. Finalmente, la consolidación de las clases (o estratos sociales) dentro del nuevo sistema social trajo consigo presiones conflictivas en la dirección del desarrollo económico —por ejemplo, si debía darse prioridad a la elevación de los niveles de vida de los más pobres y más deprimidos, o bien favorecer a las fuerzas productivas que satisfacerían las demandas de consumo de los estratos medios y altos.

Al no poder satisfacer todas las necesidades al mismo tiempo, aunado a los grandes intervalos entre el hacer los planes de inversión y recibir los beneficios de ello, era inevitable que el desarrollo fuera desigual y se relegaran algunas mejoras necesarias. Como resultado, a pesar de tanto progreso, las dificultades del subdesarrollo persistieron, al igual que la pobreza en toda la URSS. El Director del Consejo de Ministros de la URSS anunció recientemente: "El gobierno se da cuenta de que casi 40 millones de personas viven hoy por debajo de la 'línea de pobreza'".<sup>10</sup>

No obstante, las presiones para la reforma o las llamadas para una nueva estrategia de desarrollo no fueron especialmente fuertes en tanto el producto nacional bruto siguió creciendo a una tasa acelerada. Se había

convertido en acto de fe el que el crecimiento rápido en este punto, curaría a tiempo todas las enfermedades. Ya que un crecimiento rápido daría origen a fuentes productivas suficientes para satisfacer todas las necesidades razonables de la población. De hecho, existía la creencia generalizada en la Unión Soviética respecto a que su economía se apropiaría al poco tiempo de aquellas de las naciones capitalistas líderes —de seguro, entonces, todos los problemas de la pobreza y el atraso serían superados. Una vez acabada la guerra, la sociedad soviética fue reconstruida y hasta finales de los años cincuenta la idea no pareció ser descabellada.

La tasa de crecimiento de la Unión Soviética superó sustancialmente a las de Estados Unidos y los países de Europa Occidental durante un buen número de años después de la Segunda Guerra Mundial. Pero la devoción por las tasas de crecimiento era defectuosa en dos puntos. Primero, limitaba la medida de los alcances soviéticos respecto de la producción (los niveles de producción en países de tipo socialista se parecen mucho a los de las naciones capitalistas avanzadas). Y segundo, asumía que las tendencias en ambos campos continuarían por el mismo camino durante mucho tiempo.

La fe en la permanencia del crecimiento rápido soviético comenzó a debilitarse cuando la tasa de crecimiento empezó a descender a finales de la década de los cincuenta. Aun cuando permanecía elevada, algunos aspectos de su descenso sugerían que se trataba más de un estancamiento que de una recesión temporal. De hecho, la tasa de crecimiento empezó a descender más bien en forma precipitada de un periodo del plan quinquenal al siguiente, a lo largo de los años sesenta y setenta, y la primera mitad de los ochenta. Reformas en la organización económica y práctica fueron introducidas por Khrushchev en 1957 y Kosygin en 1965 con la esperanza de detener el descenso y mejorar la eficiencia. Las

reformas tuvieron, de hecho, un efecto positivo a corto plazo. Pero pronto cayeron en desuso o fueron abandonadas —en parte porque amenazaban los intereses de sectores de influencia de la burocracia, y en parte porque chocaban con procedimientos administrativos rígidos del sistema de planeación establecido.

Con la necesidad de reformas en la "agenda", sin embargo, fueron abiertas nuevas líneas de investigación y debate de un tipo que no se había visto públicamente en la Unión Soviética desde los años veinte.<sup>11</sup> Se formaron nuevos institutos de estudios sociales; los estudiantes se comprometían en el examen crítico del sistema planeación, y los especialistas debatían sobre lo que se necesitaba para reorientar la economía hacia la vía rápida. De este medio, Gorbachov seleccionó a los miembros dirigentes de su grupo de peritos (*brain trust*).

El fermento intelectual, más las presiones de la privilegiada *intelligentsia*, y otras de la clase media urbana prepararon el terreno para cambios políticos y económicos radicales. El punto decisivo de cambio vino con la maduración de una crisis social y económica sin precedentes, junto con la conciencia creciente de que no había forma de salir de ella en el marco de los arreglos políticos y económicos entonces vigentes. Un creciente sector de la élite gobernante —tanto en el ala conservadora como en la reformista— reconoció que las reformas parciales, tales como las iniciadas por Khrushchev y Kosygin, no podrían superar el implacable atraso de la economía y el deterioro del bienestar social. Ahora se sabe que la economía dejó de crecer en los cinco o siete años previos a la ascensión de Gorbachov al poder. Los números oficiales del ingreso nacional revelan casi un 50% de retroceso en la tasa de crecimiento entre 1966-1970 y 1981-1985 (de un promedio anual de 7.8% a un 3.6%). Prominentes economistas soviéticos, sin embargo, dudan de la veracidad de estas cifras; en particular



discutían que la supuesta tasa anual de crecimientos de 3.6 para 1981-1985 está disminuida significativamente debido al error de tomar en cuenta un factor inflacionario sustancial escondido. Así, Abel Aganbegyan, un miembro del Presidium de la Academia de las Ciencias de la URSS y consejero de Gorbachov, calculó nuevamente las cifras nacionales de ingreso usando un índice de precios más realista, y llegó a la conclusión de que "en el periodo de 1981 a 1985 no hubo prácticamente crecimiento económico". Y añade lo siguiente:

Un estancamiento y una crisis sin precedentes tuvieron lugar durante el periodo 1979-82, cuando realmente cayó el 40% de la producción de todos los bienes industriales. Decayó la agricultura (durante este periodo no pudo alcanzar los niveles de producción de 1978). El uso de las fuentes productivas declinó drásticamente y la tasa de crecimiento de todos los indicadores de eficiencia en la producción social disminuyeron: en efecto, la productividad laboral no se incrementó y la tasa de retorno de inversión de capital declinó, agravando la caída en la relación producción-capital.<sup>12</sup>

El estancamiento en la producción significaba que había menos bienes disponibles para el consumo. Si en verdad no hubiera crecimiento alguno, tan sólo el incremento de la población hubiera recortado la disponibilidad de bienes de consumo y de servicios por persona. Pero había también otras fuentes de problemas. La carrera armamentista y la guerra en Afganistán drenaba recursos, dejando todavía menos para el consumo interno. Además, la reducida eficiencia del equipo de capital (referida por Aganbegyan) obligó a los planificadores a buscar todavía más equipo para reponer la pérdida.

Había dos formas en que se manifestaba la limitada disponibilidad de bienes de consumo y de servicios: ya fuera por una reducción del salario individual o bien por

una disminución en el consumo social (gastos en salud, educación, pensiones, etcétera). A pesar de que la inflación golpeó los salarios reales, el estancamiento se manifestó sobre todo en el descuido de los servicios públicos. Una medida indirecta del efecto del gasto reducido para el consumo social se encuentra en las estadísticas de salud. Así, la tasa de mortalidad por 1 000 personas se incrementó de 7.1 en 1960 a 10.3 en 1980. Parte de este incremento puede ser debido al envejecimiento de la población. Por otro lado, los avances en la medicina habían hecho posible un aumento en la esperanza de vida de los ancianos, y no había ocurrido un aumento significativo de la tasa de mortalidad en muchos otros países con población de edad avanzada. También vale la pena anotar que a pesar del progreso en la medicina, no hubo un aumento en la expectativa de vida en la Unión Soviética de 1958 a 1985; de hecho, la expectativa de vida de los varones disminuyó en esos años. La mortalidad infantil también aumentó durante el mismo periodo; alcanzó la cifra de 26 por cada 1000 niños menores de un año en 1985; esto le dio a la Unión Soviética el cincuenteno lugar entre las naciones.

El deterioro del consumo social durante los años de estancamiento intensificó naturalmente los viejos problemas de pobreza, escasez de vivienda, regiones subdesarrolladas etcétera. La acumulación de problemas sociales sobre una economía creó tensiones que desafiaron al sistema soviético. Mijail Gorbachov, al ser elegido Secretario del Comité Central del PCUS, tuvo que hacer frente a la tarea de diseñar el rescate del sistema. Sin duda fue por la severidad de la crisis que él recibió y sigue recibiendo ayuda de sectores de la élite gobernante, que de otra forma muy probablemente no hubiera estado a su disposición debido a los cambios radicales que él ha introducido en las esferas políticas, económica y cultural.

## II

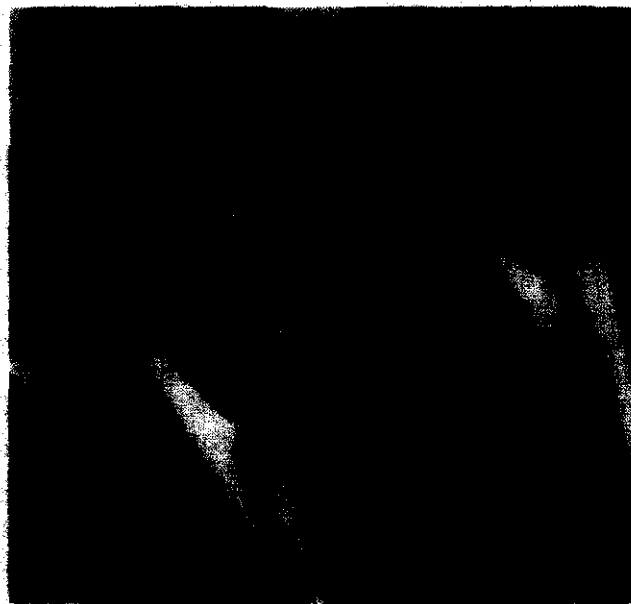
En la primera parte de este ensayo nos ocupamos de los problemas que precedieron y condujeron a la *glasnost* y a la *perestroika* en la Unión Soviética. Los hechos alrededor de la severa crisis que surgió en las década de los setenta y ochenta son suficientemente claros. La cuestión a desentrañar es por qué empezó la regresión después de tantos años de progreso social y de logros impresionantes en la industrialización.

Los economistas burgueses tienen una respuesta fácil a esta pregunta. Ellos advirtieron que la planeación central de una economía tendría una mala caída: no podría repartir los bienes y estaría destinada al fracaso. En años recientes, algunos economistas prominentes de la Unión Soviética y de Europa del Este se han sumado a la opinión de que la planeación central es culpable de las desgracias de sus sociedades. Ahora es común para los críticos en el bloque soviético argumentar que a pesar de que la planeación nacional fue útil en el pasado, ya desde hace mucho tiempo dejó de serlo. Ellos aseguran que una economía administrada no sólo es ineficiente intrínsecamente, sino que existe la amenaza inevitable de que sus fracasos sean mayores en la medida en que intente extender sus funciones de la industrialización básica hacia la satisfacción de las necesidades de los consumidores.

Nos parece que esta clase de condena general de la planeación central está basada en la suposición implícita de que las prácticas soviéticas revelan la naturaleza esencial de una economía planificada centralmente. Lo que falta por aclarar es que la forma soviética de dirigir su economía evolucionó bajo circunstancias históricas muy especiales. Se contaba desgraciadamente con poca experiencia, y tampoco hubo ni tiempo ni oportunidad para experimentos de prueba-error, esenciales para la cons-

trucción racional de un sistema económico nuevo. Además, lo que estaba en juego era no sólo el deseo de construir el socialismo sino la necesidad simultánea de industrializar a la nación —cada una de estas tareas era de por sí suficientemente ambiciosa. Y se emprendieron ambas bajo una realidad de amenaza continua de invasión por parte de una o más potencias capitalistas hostiles.

No sólo faltaba un anteproyecto para un nuevo orden, sino también administradores entrenados y experimentados con convicción socialista. En gran medida, el personal disponible con el *knowhow* administrativo provenía del viejo aparato estatal, montado en tradiciones burocráticas y semifeudales. En conjunto, el sistema de planeación soviético fue diseñado e introducido bajo condiciones económicas y sociales que bordeaban en lo caótico.





La Unión Soviética no tenía que haberse lanzado a finales de los años veinte a la planeación central e industrialización masiva. Una parte importante de la dirección, encabezada por Bukharin, abogaba por un programa más lento y gradual. Pero una vez que se tomó la decisión fue inevitable que se siguieran ciertas consecuencias del objetivo inicial de una aceleración increíblemente rápida de crecimiento económico bajo condiciones de una tensión inusual: un gran incremento en el papel de la economía del Estado. Una centralización excesiva de la toma de decisiones, una reglamentación estricta de la población.

El Estado y la economía se convirtieron así en tierra fértil para el surgimiento de una gran burocracia, la cual

a su vez moldeó y controló a sus miembros; les enseñó modos de operar y les dio empleos y privilegios especiales; así, pronto se convirtieron en expertos en ofrecer y proteger. A pesar de que después se hicieron cambios de tiempo en algunos aspectos de la organización y de la planeación, el sistema heredado por Gorbachov —quien se dio a la tarea de repararlo— en esencia es el mismo que forjara Stalin en condiciones económicas y sociales muy diferentes.

No sólo fue la burocracia y su manera de funcionar y proteger sus intereses lo que sobrevivió de los tiempos de Stalin, sino también la ideología gobernante, que se desarrolló para racionalizar su existencia y la del sistema al que servía. La planeación se elevó al estatus de ciencia,

inventada en la Unión Soviética y disponible para ser adaptada por el resto del mundo. La planeación fue guiada por supuestas leyes del socialismo —realmente racionalizaciones de las prácticas existentes pero proclamadas como verdades eternas— debido a una tendencia general que consistía en proyectar todos los aspectos de la sociedad soviética —el Partido Comunista, su monopolización del poder estatal, el sistema de planeación— como inherentes al socialismo, como el modelo necesario para cualquier país que tomara el camino del socialismo.

Para propósitos de la presente discusión es fundamental mantener estos antecedentes en mente y rechazar cualquier idea que identifique a la práctica soviética durante este periodo tormentoso con la planeación económica central como la misma cosa, con su corolario lógico de que la crisis actual de la economía y de la sociedad soviética es también una crisis de planeación económica. La verdad es que más bien lo que llevó a la quiebra a la actual economía soviética fue precisamente el conjunto de aspectos peculiares de la experiencia soviética; no fue por razones inherentes a la planeación en sí.

La industrialización forzada de la economía soviética puesta en marcha por el primer Plan Quinquenal habría sido, por supuesto, imposible si no hubieran estado disponibles dentro de las fronteras de la Unión Soviética los recursos humanos y materiales necesarios. Allí había un rico suministro de gasolina, minerales, otras materias primas y una gran cantidad de mano de obra sin utilizar o pobremente utilizada. Pero ninguna de estas reservas era inagotable, y no hubo nunca una garantía de que los insumos requeridos por los planificadores estarían disponibles en las proporciones adecuadas y en el momento preciso. A menos de que este aspecto de la planeación hubiera podido ser desarrollado y constantemente aumentado, siempre existía el peligro

de crisis y/o recesiones en el funcionamiento general de la economía. Y fue de hecho en este complejo de problemas donde precisamente tuvo sus raíces la tendencia a la baja de las tasas de crecimiento discutida en la primera parte.

La contracción en el crecimiento de la fuerza de trabajo es un buen caso. Durante las etapas tempranas de la industrialización, estaba disponible una gran reserva potencial de fuerza de trabajo. Las mujeres fueron atraídas a este ámbito y un excedente de granjeros fueron reclutados a la industria. De 1928, cuando comenzó el primer Plan Quinquenal, a 1940, el empleo de trabajadores a sueldo y con salarios se incrementó en una tasa de 9.5% anual. Pero una vez que las principales reservas de trabajo preexistentes fueron utilizadas, la tasa a la que la fuerza de trabajo podía expandirse dependía del crecimiento de la población y del sobrante adicional de trabajadores agrarios. Sin embargo, el crecimiento de la población se contrajo. La tasa de nacimiento decreció de 31.2 por mil en 1940 a 18.3 en 1980. Y a pesar de que la tasa de mortalidad también decayó, el incremento natural de la población (nacimientos menos muertes) en 1980 era menos de la mitad de lo que había sido en 1960.

El efecto neto de la desaparición de las reservas laborales, de las fuertes pérdidas en los periodos de guerra y de las bajas tasas de nacimiento ha sido un retraso inevitable en la tasa de incremento del empleo. En lugar de un 9.5% de incremento anual durante los primeros dos Planes Quinquenales, la tasa fue de 3.8% en los años sesenta; 2.2% en los setenta y solamente 0.9% entre 1980 y 1985.

La decreciente tasa de crecimiento en el empleo es difícilmente una explicación plena de la tendencia descendiente en la tasa de crecimiento del ingreso nacional que empezó a finales de los cincuenta. Teóricamente, un incremento en la productividad laboral hubiera podido

maquillar una recesión en los insumos laborales. La productividad de hecho aumentó, pero no lo suficiente como para llenar la brecha. Y el problema se complicó por las necesidades cambiantes de una sociedad en proceso de urbanización rápida: la necesidad creciente de servicios alejó a los trabajadores de la construcción y de la producción industrial.

Éstos y otros problemas que se originan en la contracción de la tasa de crecimiento de la fuerza laboral ciertamente se recrudecerán en el siguiente periodo. Ya ha caído la tasa de crecimiento a menos del 1% en 1980-1985, y Leonid Abalkin, uno de los asesores económicos principales de Gorbachov, advierte que en "los próximos 15 años el ingreso nacional y el egreso de todas las ramas de la producción material crecerán sin un incremento en la fuerza de trabajo."<sup>13</sup>

Un obstáculo similar al crecimiento se mostró en la extracción de minerales. Aun cuando la URSS posee amplios recursos naturales, es igualmente cierto que éstos no son renovables y que están sujetos al agotamiento. Así, Abel Aganbegyan, otro asesor económico clave de Gorbachov, señala después de discutir las dificultades desprendidas de la decreciente fuerza laboral:

Todavía más impresionantes son los cambios en la extracción de combustible y de materias primas. En el periodo de 1971-75 el volumen de producción de la industria minera se incrementó en un 25%, pero sólo en un 8% entre 1981 y 1985. Este descenso en el crecimiento a un tercio tuvo que ver principalmente con el empeoramiento de las condiciones geológicas y económicas de la minería. Con una industria minera de gran escala, actualmente la más grande del mundo, la Unión Soviética está desgastando rápidamente la fuente más accesible de sus recursos naturales. Para mantener los niveles de extracción es necesario cavar más profundo, descubrir nuevos depósitos y desplazarse a campos menos favorables. La base de combustibles y de materias primas en las regiones

inhabitadas del campo ya es incapaz de satisfacer nuestros requerimientos y en muchas de ellas el volumen de extracción está declinando. Es necesario, por lo tanto, descubrir nuevos depósitos en las regiones del norte y del este, para construir conexiones de transporte, para crear nuevos pueblos y desarrollar territorios y atraer a la población allí.<sup>14</sup>

Los problemas relacionados con la producción de materias primas se entrelazan con otros no menos serios relacionados con su utilización. Estadísticas comparativas internacionales sugieren que hay una gran cantidad de desperdicio y de ineficiencia en el uso de las entradas de material en la Unión Soviética. ¿Cómo explicar claramente por qué la Unión Soviética, con una productividad industrial menor que la de los Estados Unidos, produce el doble de acero y consume alrededor de 10% más electricidad en la industria? Igualmente desconcertante es la situación en la agricultura, donde la Unión Soviética, con una producción total mucho menor que la de los Estados Unidos, utiliza cerca de 80% más de fertilizantes minerales y, por lo menos, tres veces más tractores. Estos son sólo algunos ejemplos, entre otros muchos, que podrían citarse: ellos apuntan a la conclusión de que la práctica de planeación soviética estuvo enfocada desde el principio a expandir la producción en los diferentes sectores separados de la economía sin poner la atención adecuada en sus necesarias interrelaciones.

Entre las "leyes del socialismo" conservadas en los libros de texto soviéticos estaba la supuesta necesidad de expandir la producción de los medios producción más rápidamente que la de los medios de consumo. Por lo tanto no es sorprendente que los planeadores, cuando se enfrentan con problemas crecientes de suministro laboral y de materiales vayan en busca de una alternativa en el sentido de expandir la producción en plantas y equipo. Cualquiera que fuera



el problema, la solución era una mayor inversión en medios de producción.

El problema con esto es que iba en contra de la experiencia anterior, que databa por los menos de los años sesenta. Como lo señaló Moshe Lewin, uno de los historiadores occidentales más perspicaces del periodo soviético, en 1974:

Por algún tiempo pasaron inadvertidos (en los círculos oficiales) aquellos rasgos contraproducentes en el mecanismo económico que habían aparecido a principios de los sesenta. Los crecientes medios dedicados a la acumulación y a la inversión

irónicamente condujeron a caídas recesivas en la inversión y a una tasa de crecimiento disminuida[...]. La investigación mostró que el costo creciente de la operación retrasó todo el proceso, y que las estrategias empleadas se habían convertido evidentemente en contraproducentes y que necesitaban una revisión inmediata. La dedicación unilateral a la prioridad de la inversión en la industria pesada, que supuestamente era el secreto primordial del éxito, junto con las grandes inyecciones de fuerza laboral y de presión política coercitiva, aparecieron como factores de esta recesión. Aun los dogmas y las prácticas detrás de ellos fueron tenaces. La industria pesada todavía continuaba siendo generosamente consentida, a costa del consumo, con relativamente más productos que servirían a la industria pesada

y menos al beneficio del consumo. "La producción por el bien de la producción" ciertamente expresaba la posición de la economía soviética, y ni el estándar de vida ni el ingreso nacional se beneficiaron adecuadamente de ella.<sup>15</sup>

Una de las consecuencias más serias de la inversión en nuevas plantas y equipos —vista como panacea— fue el descuido de la industria existente. En condiciones normales, conforme una economía se industrializa, una gran proporción de su inversión de capital se utiliza para reemplazar el equipo desgastado. Debido al fuerte énfasis puesto en crear capacidad adicional, esta generalización no se aplica a la Unión Soviética, en donde sólo un promedio del 2% de la maquinaria y del equipo ha sido reemplazado cada año. Bajo estas circunstancias —de acuerdo con Leonid Abalkin— tomaría 40 años el modernizar completamente (maquinaria y equipo) en la industria; y en las industrias de ingeniería (y metalmecánica), esto tomaría aproximadamente 50 años.

Las reservas en proceso de depreciación han sido utilizadas para parchar el equipo desgastado, y se ha hecho poco para reemplazar la maquinaria ineficiente u obsoleta. Con mucho, la mayor parte de la inversión ha sido para expandir las acciones brutas de capital del país, un hecho que ayuda a explicar el porqué la proporción de capital en la producción industrial declinó casi en un 40% entre 1960 y 1985. Los trabajadores tenían que operar equipo ineficiente y obsoleto, con frecuentes interrupciones temporales por descomposturas. Además, la cantidad de equipo nuevo que se introduce con la visión de compensar la inadecuada oferta laboral, de materias primas y de partes, sólo puede sumarse al problema ya existente de capacidad productiva no utilizada.

Es claro que la crisis económica y social que precedió a Gorbachov no fue un fenómeno accidental. El

sistema económico Soviético, como estaba constituido, podía producir crecimiento en la medida en que hubiera amplios recursos que pudieran ser movilizados. Pero con el agotamiento de los recursos, la "magia" de la economía dominante se evaporó.

Para finales de los setenta y principios de los ochenta se hizo evidente para importantes sectores de la élite gobernante que el camino trillado llevaba a un precipicio. El estancamiento del ingreso nacional era lo suficientemente alarmante. Pero considerando al mismo tiempo la escarpada caída en la productividad de capital, se veía como si la economía estuviera al borde de caer en el precipicio y aterrizar en un abismo.

Una vez que esto fue comprendido —como lo fue realmente por Gorbachov y su círculo de partidarios y asesores cuando llegaron al poder en 1985— la salida del estancamiento parecía estar relativamente a la mano. Podía lograrse mucho economizando en el uso de energía y de materias primas: la industria bien desarrollada de fabricación de maquinaria podía dedicarse a la modernización de la industria existente en lugar de expandirla continuamente; el saber y la experiencia acumulada de la clase trabajadora podía mobilizarse. Y fue alrededor de esta clase de medidas, y en una atmósfera de excitación y optimismo, que Gorbachov lanzó paulatinamente su ambicioso programa de la *perestroika* (reconstrucción).

Los resultados, sin embargo, estuvieron lejos de lo que se esperaba. La crisis no sólo no se superó sino que de hecho se profundizó. En términos generales, y no tanto en detalle, era obvio lo que se necesitaba hacer: el problema estaba en otro lugar, en los mismos procesos políticos y económicos que causaron la crisis; en primer lugar, el sistema político represivo, luego, la estrategia de desarrollo económico y un aparato de planeación supercentralizado y embarazoso, sobre todo una buro-

cracia profundamente atrincherada cuidando celosamente su territorio para proteger empleos y privilegios. En suma, lo necesario no eran brillantes ideas, sino una reparación general y radical de toda la estructura político-económica.

Hasta cierto punto, por supuesto, la *glasnost* que acompañó a la *perestroika* desde el principio, fue en sí misma un movimiento hacia esa reparación general. No sólo se permitieron, sino que se fomentaron las discusiones abiertas en áreas anteriormente vedadas a la opinión pública. El lado oscuro de la historia del Partido Comunista y de la sociedad soviética empezó a ser ventilado con aires nuevos en busca de la verdad y la sinceridad. Revelaciones de los males corrientes (corrupción, alcoholismo, prostitución, etc.) aparecieron en los medios de comunicación, junto con duras críticas a los altos oficiales y a las instituciones gobernantes. Se levantó en gran medida la censura en la literatura, el drama y el cine. Toda esta liberalización del pensamiento fue un prelude necesario para la reconstrucción del sistema político: un proceso en marcha que apuntaba hacia la separación entre el Partido Comunista y el gobierno, a la revitalización del Estado por medio del fortalecimiento de los soviets, y a la elección de delegados para estos cuerpos, en todos los niveles, de la lista de candidatos seleccionados independientemente de la *nomenklatura*.

En gran medida esta embestida hacia la democracia es coherente con los ideales que inspiraron la Revolución Bolchevique y muy cercana a la visión socialista de Marx y Engels. Sus visones de la Comuna de París son especialmente relevantes en ese sentido. En su introducción a la edición alemana de *The Civil War in France*, de Marx, Engels aclamaba a la Comuna como un modelo de la dictadura del proletariado en acción. Particularmente importante era la necesidad de salva-

guardar contra la corrupción de los oficiales de Estado y el peligro de que ellos se convirtieran en jefes en lugar de servidores de la población:

Desde el mismo principio, la Comuna estuvo obligada a reconocer que la clase trabajadora, una vez en el poder, no podría seguirse administrando con la vieja máquina del Estado: y que con el propósito de no perder otra vez su recién conquistada supremacía, esta clase trabajadora debía, por un lado, acabar con la vieja maquinaria represiva anteriormente usada en contra de ella misma, y por el otro, salvaguardarse a sí misma de sus propios delegados y oficiales, declarándolos a todos, sin excepción, sujetos de retiro en cualquier momento. ¿Cuál ha sido el atributo característico del estado anterior?

Contra (la) transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en señores de la sociedad —una transformación inevitable en todos los Estados anteriores—, la Comuna utilizó dos medios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los puestos —administrativo, judicial y de enseñanza— por elección, sobre la base del sufragio universal de todos los interesados, sujetos al derecho de retiro en cualquier momento por los mismos electores. Y en segundo lugar, a todos los oficiales, altos y bajos, se les pagaba sólo el mismo sueldo que recibían otros trabajadores... De esta manera se ponía un barrera eficaz a la caza de cargo y para el "carrierismo" (arribismo), incluso sin contar con los mandatos imperativos que fueron añadidos por los delegados a los cuerpos representativos.

Deberíamos continuar sin decir que la Unión Soviética está muy lejos de alcanzar los estándares impuestos por Marx y Engels en este y otros escritos. Sin embargo, en la *glasnost* y en las reformas políticas correlativas parece que hasta ahora por lo menos se está caminando en esa dirección.

Por más que estos cambios hacia la democracia sean alentadores, importantes y necesarios, todavía no enfrentan directamente los duros problemas de la crisis





económica en la que la Unión Soviética se encuentra estancada. ¿Por qué?

Como se discutió anteriormente, los problemas estructurales en el suministro de fuerza de trabajo y materias primas trajeron consigo un descenso a largo plazo en la tasa de crecimiento de la economía, y la "panacea" tradicional de los planificadores Soviéticos —incremento en el *stock* de bienes de capital— perdió su efectividad y hasta se hizo contraproducente. Aquí, quizás más que en cualquier otro sitio, la estructura burocrática del partido y del Estado sirvió como escudo protector en contra del cambio. El aparato administrati-

vo contaba con miles de formas de sabotear las reformas innovadoras. Los oficiales no tenían que preocuparse demasiado de los "escandalosos" y de otros críticos, ya que tenían a la mano las medidas para reprimir a los perturbadores. La incompetencia y la corrupción se escondían debajo de una red entrelazada e interdependiente en la que la influencia política jugaba un papel siempre presente. No había manera de que el contrapeso a la inercia burocrática inherente al potencial creativo de las masas pudiera expresarse. El giro político a la democracia fue así una condición necesaria pero no suficiente para volver a despertar la economía.

En contraposición a estas experiencias, no es muy sorprendente que los economistas soviéticos, incluyendo a los asesores más cercanos de Gorbachov, atribuyeran los problemas económicos del país al sistema de planeación, y vislumbraran la salida en la sustitución de éste por un sistema de regulación económica por mercados, como se practica bajo el capitalismo. Esto implicaría liberar a los diferentes aparatos (que maquillaron la economía) de las restricciones y direcciones burocráticas, y permitirles así operar en forma de empresas competitivas en las economías de mercado de Occidente. El resultado sería presumiblemente la eliminación de las escaseces y pérdidas, y un gran incremento de eficiencia en la utilización de la fuerza de trabajo y las materias primas.

Esta manera de ver los mercados y las economías de mercado no es incorrecta, pero sí muy simplificada, y puede ser muy engañosa. Los mercados tienen muchos propósitos y consecuencias, y en un contexto dado es importante no omitir ni descuidar indebidamente aquellos que son de la mayor relevancia. En la clase de debates que se están llevando a cabo actualmente, tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas, hay tres funciones de los mercados que son particularmente importantes:

- a) Como medio de distribución de bienes y servicios a los consumidores;
- b) como mecanismo para destinar fuentes productivas a otros usos; y
- c) como una manera de decidir cuánto se les paga a los individuos y grupos por su trabajo y/u otros bienes que posean.

En las sociedades capitalistas, los mercados generalmente desempeñan las tres funciones —modificadas en mayor o menor medida (dependiendo de las diferen-

tes historias de los países interesados) mediante la intervención del estado de una forma y otra—. En las sociedades planificadas del tipo soviético, por otro lado, sólo la primera de estas funciones (la distribución a los consumidores) es confiada al mercado (igualmente con modificaciones), mientras que las otras dos son en su mayor parte desempeñadas por órganos ejecutivos del Estado (presumiblemente dirigidos por los planificadores).

Los mercados capitalistas operan, por supuesto, bajo el principio de maximación de beneficios. La competencia supuestamente fuerza a todos los distribuidores a vender al mismo precio. Los más eficientes ganan mayores beneficios y expanden su parte del mercado. Los menos eficientes se estancan o se quedan al borde del camino. El capital (seguido por el trabajo) se mueve en las industrias con altas tasas de ganancia y sale de ellas con tasas bajas, creando una tendencia hacia una tasa de ganancia uniforme promedio en todas las industrias. En todos lados, en estas circunstancias, un sistema de mercados competitivo genera una presión incesante en las empresas y las obliga a producir al menor costo posible y a obtener ventajas sobre sus rivales, mediante la introducción de nuevos productos y nuevos métodos de producción.

Ésta es la teoría de los libros de texto sobre economía de mercados que desde los tiempos de Adam Smith ha dominado a la ideología burguesa. Es fácil comprender la enorme atracción que ejerce sobre los economistas soviéticos, confrontados como lo están con la rigidez, la ineficiencia, la pérdida y los errores palpables de su propio sistema de planeación central y administración económica. A los arquitectos de la *perestroika* nada podría haberles parecido más lógico o llamativo que sustituir la elegante "magia" del mercado por las "leyes del socialismo" estalinistas, tan desacreditadas, por lo demás.

El problema está en que la realidad capitalista nunca se ha ajustado al modelo de los libros de texto, aun bajo las condiciones más favorables, mientras que bajo condiciones menos favorables —como las que existen en la mayor parte del Tercer Mundo hoy en día— el parecido es casi inexistente. Las razones son muchas y apenas si necesitan ser consignadas aquí: la tendencia universal de la competencia a convertirse en monopolio; la tendencia de acumulación de capital para generar riqueza e ingresos, por un lado, y para ahondar la pobreza, por otro (no sólo dentro de las naciones sino también entre las naciones ricas y pobres); las crisis periódicas del sistema de sobreproducción y desempleo masivo, y muchas, muchas más cosas.

¿Acaso los reformadores de la *perestroika* ignoran los diversos males producidos por las economías de mercado? Difícilmente podría ser así. Aun cuando la mayoría de ellos ha tenido un contacto limitado con la realidad capitalista, seguramente han tenido una gran oportunidad, en el curso de sus estudios, de familiarizarse con la historia del capitalismo, los problemas y las crisis contemporáneos del sistema, especialmente con su parte tercermundista. Pero si esto es así, podríamos preguntarnos por qué acogerían todavía una *marquetización* comprensiva de la naturaleza descrita en la siguiente declaración de Aganbeyam, considerado por algunos como el principal arquitecto de la *perestroika*:

Resumamos ahora lo que se entiende por la extensión e intensificación del mercado socialista. Podemos decir con seguridad que el mercado abarcará las secciones clave de la economía y jugará un papel importante, de hecho crucial en el desarrollo posterior de la economía de nuestro país. Le corresponderá al mercado que los bienes y servicios producidos por empresas para satisfacer las demandas respaldadas económicamente adquieren su valor social. Será el mercado el que balancee la producción y la demanda en el país. Y será a

través del mercado que la producción empezará a depender más de la demanda del consumidor y a satisfacer las necesidades sociales.<sup>16</sup>

Se insinúan dos posibles explicaciones de este aparente entusiasmo incondicional por el mercado.

La primera, la crisis económica que hizo surgir a la *perestroika* no ha mostrado signos de abatimiento: por el contrario, parece que ha empeorado. En la época en que Aganbeyam hizo sus declaraciones (y muchos otros pronunciamientos similares de sus colegas reformistas), uno puede sentir el surgimiento de un estado de desesperación. Algo tiene que hacerse rápidamente, antes de que la situación se vuelva incontrolable, y en lo que concierne a los economistas soviéticos, la única medida que pueden concebir es el más rápido y más intensivo recurso de la *marquetización*. Ciertamente, esto acarrearía el riesgo de los males que la experiencia capitalista ha mostrado asociados con la *marquetización*. Pero el riesgo debe ser asumido dejando para después el tratamiento de los males.

La segunda explicación posible contempla la actitud de los reformistas desde otra perspectiva, es decir, que ellos, reflejando los valores y aspiraciones del estrato relativamente privilegiado de la sociedad soviética al que pertenecen, sienten en el fondo de sus corazones que su lugar en el mundo está con la mejor, con la más privilegiada *intelligentsia* de Occidente. El capitalismo, cualesquiera que sea sus faltas y defectos, ha creado en algunos de sus aparatos más avanzados un estándar de vida y un grado de seguridad para sus ciudadanos más afortunados, muy lejos de todo lo disponible en cualquier otra forma de sociedad, ya sea anterior o contemporánea. Entre estos ciudadanos afortunados están muchos artistas, científicos y profesionistas cuyo estatus en sus países respectivos está por debajo del que poseen el

*establishment* gobernante; sin embargo, viven bien, son influyentes en sus propias comunidades y disfrutan de una amplia libertad para disentir y criticar. Políticamente, la mayoría de estas personas son liberales o social demócratas que creen en reformas más o menos básicas. La mayoría de los reformistas soviéticos quisieran sin duda que su país desarrollara líneas similares, y tienden a ver a la *marquetización* como un paso necesario en esa línea. Ése es también un paso hacia la restauración del capitalismo, sea o no reconocido; ese grado de entendimiento sólo puede conducir hacia el capitalismo.

La presión en favor de la *marquetización* no es la única indicación de que el movimiento de la reforma soviética tiene una orientación capitalista. Otras se expresan en la fuerte preferencia por la integración de la economía soviética en la red global capitalista de comercio y finanzas, y la gran admiración por la cultura de alta tecnología de los países avanzados de Occidente; y ambas permean la literatura de la reforma soviética. Al evaluar estas tendencias es importante mantener un sentido de equilibrio y evitar caer en el dogmatismo estéril, ya sea de condena o de un entusiasmo acrítico.

Ninguna persona sensible creería que un país socialista debiera evitar relaciones económicas con el mundo capitalista, pero, un principio capital del pensamiento socialista considera (también el pensamiento burgués heterodoxo) que un país con una economía débil que quiera mantener su independencia y la posibilidad de trazar su propio curso necesita protegerse para no ser abrumado y subyugado económicamente por países más fuertes. La forma que tome esta protección puede variar de acuerdo con las circunstancias, pero lo esencial es que un país débil debiera tener control de lo que compra y de lo que vende en el extranjero y de los términos en que los extranjeros hacen negocio dentro de sus fronteras.

La historia registra muchos casos de países débiles que han defendido su independencia con éxito, haciéndose más fuertes en el proceso (los Estados Unidos y Japón son quizás los dos ejemplos más sobresalientes). Por otro lado, hay todavía más casos de países débiles que rehuyen medidas proteccionistas en la creencia de que el *laissez-faire* en materia de comercio e inversión sería en su propio interés. La mayoría de éstos han terminado como dependientes de sus socios más fuertes, y sus economías han sido moldeadas para el beneficio de otros, más que para el de sus propios ciudadanos. En el presente contexto internacional no hay duda de que la Unión Soviética tiene una economía débil frente a la de los países capitalistas avanzados con los que se quiere integrar, y la literatura de la *perestroika* ciertamente sugiere la buena voluntad de hacerlo en términos muy favorables para el lado capitalista. Si las cosas realmente se desarrollan de esta manera (hasta ahora no hay mucha experiencia concreta en este sentido), es difícil imaginar cómo los soviéticos podrían evitar una adaptación y un reajuste cada vez mayores de sus instituciones y políticas a las necesidades y preferencias de sus socios más fuertes.

Con respecto a la relación de la Unión Soviética con la cultura de la alta tecnología de Occidente, ninguna persona sensible cree que al desarrollar su economía los soviéticos evitarían tomar parte en el beneficio máximo que se deriva de la(s) revolución(es) científico tecnológica(s) que se están llevando a cabo en la actualidad. Pero hay diferentes formas de enfrentarlas. Una es dejarse guiar siempre por las necesidades y prioridades de un país enorme que sufre de todos los graves problemas y privaciones que discutimos bastante extensamente en la parte I de este ensayo —la necesidad de proveer de agua corriente, a los hospitales, excusados, a las escuelas, drenajes a los pueblos, silos para impedir que el

grano se eche a perder, carreteras para el campo y muchas, muchas cosas más.

¿Cómo puede la tecnología más avanzada contribuir a resolver estos problemas? Las computadoras, que hacen posible la exploración del espacio ¿Cómo pueden ser adaptadas a problemas igualmente complejos y desafiantes? La industria y la tecnología moderna, ¿cómo puede ser conciliada y utilizada en la tarea de salvamento del medio ambiente?; ¿cómo convertir el monstruoso motor de muerte y destrucción que es la legalidad de la guerra fría en satisfactor de las urgentes necesidades de la humanidad liberada? Estos son sólo ejemplos del infinito número de problemas que la ciencia y la tecnología pueden ayudar a resolver.

Pero hay otra forma de tomar parte en la cultura de la alta tecnología: deslumbrarse por las novedades y modas de la clase alta del consumismo occidental; ver a la acumulación de computadoras, automóviles y aparatos de todo tipo como una meta en la vida; elevar la cantidad y estilo de posesiones personales sobre la calidad de vida de la sociedad, criterio de desarrollo y progreso. Este es el sello del capitalismo tardío, y los síntomas aterradores de su degradación y caída. Hay desafortunadamente, demasiadas indicaciones de que los reformistas soviéticos comparten los mismos valores y aspiraciones y esperan ver a su propia sociedad entrando en el club.

Hasta ahora nuestra discusión sobre la *perestroika* ha estado confrontada en su mayor parte con teorías y anteproyectos. A excepción de los movimientos muy positivos hacia la apertura y la democracia discutidos arriba, muy pocas cosas han cambiado. Cinco años de *perestroika*, y la estructura de la economía y sus principios de acción permanecen como estaban. Todo el discurso acerca de la *marquetización* y sus consecuencias, hoy son sólo eso: discurso. Los intentos de introducir la

empresa privada bajo el disfraz de cooperativa ha dado pobres resultados y según la opinión general ha producido sentimiento más negativos que positivos entre la gente. Mientras tanto, el pobre rendimiento de la economía no es muy distinto de las condiciones que hicieron surgir la *perestroika* en un primer momento.

No hay nada sorprendente en todo esto. Hasta ahora los reformistas han tenido poco que ofrecer excepto su "panacea" de *marquetización*. Su mensaje parece ser: tomemos del capitalismo lo que ha funcionado y esperemos que de alguna manera el lado malo de sus efectos esté ausente o sea manejable. El problema es que éste es un pensamiento utópico en el peor sentido del término. Las condiciones para que en el mundo capitalista funcionara como una economía de mercado tardaron literalmente cientos de años en evolucionar y en algunas partes todavía no están completamente desarrolladas. No sólo fueron necesarias relaciones de propiedad convenientes, sino también un complejo sistema legal para regularlas y reforzarlas. Quizás lo más importante fue el desarrollo de una "naturaleza humana" capaz de operar ese sistema. Los individuos celosos de la economía política clásica, no aparecieron así nada más un buen día para dirigir la nueva economía; su formación tomó mucho tiempo. Un proceso similar progresaba en la Rusia zarista, pero fue cortado en seco por la Revolución. No existe en la Unión Soviética actual ni el marco institucional ni el material humano necesarios para el funcionamiento de un sistema de mercado; y construirlo, con todo lo que ello implica, sería un trabajo de décadas, no de meses, ni de años. A esto es a lo que nos referimos cuando decimos que la idea de una *marquetización* general como forma de combatir la actual crisis económica soviética es indudablemente utópica.

Si este argumento se acepta, se sigue que cualquier programa realista para enfrentar la crisis económica del

país tiene que iniciarse desde la situación real. Si el sistema actual no está funcionando —y no lo está— tiene que ser cambiado desde dentro, no descartado en favor de un sistema distinto, cuyos supuestos méritos, cualquiera que éstos sean, simplemente no lo constituyen en una opción práctica en el marco del tiempo requerido. Y el cambio sólo puede darse a través de una infusión masiva de gente nueva con ideas y energía dentro del marco institucional existente.

¿Cómo puede lograrse esto? En nuestro modo de ver, la respuesta es: sólo modernizando y acelerando los procesos de democratización ya puestos en marcha. Tiene que asumirse que hay recursos humanos en la población soviética (especialmente entre el pueblo trabajador, que representa la mayoría), y que tienen la capacidad de cambiar las cosas si se les despierta y motiva.

Mientras escribimos, importantes y cruciales elecciones en los niveles local y regional están prontas a llevarse a cabo. Podrían ser el comienzo de un proceso fundamental de cambio político, que es condición necesaria para la reactivación económica.

Necesario, por supuesto, no significa suficiente. También se necesitaban ideas nuevas y un fuerte liderazgo. Pero no caerán del cielo. De hecho, si llegaran a desarrollarse, es probable que fuera en el transcurso y como resultado de la revolución política que está en marcha, pero todavía lejos de terminarse.

Los socialistas en todo el mundo tienen no sólo un interés sino una apuesta personal y política sobre lo que pasará en la Unión Soviética en esta fase venidera y decisiva del proceso que comenzó con el ascenso de Gorbachov al poder en 1985. Sólo podemos esperar que el porvenir sea positivo y que ofrezca las condiciones para una fase de recuperación económica.

*Traducción: Pilar Vallés*

## Notas

- 1 Isaac Deutscher, *Russia: What's Next?* Oxford, New York, 1953, pág. 89.
- 2 Daniel Singer, *The Road to Gdansk*, Monthly Review Press, New York, 1981 (capítulo II, "The Soviet Union: Seeds of Change"), pág. 117.
- 3 A menos de que se indique de otra manera, los datos citados en este artículo están tomados de *The USSR in figures for 1987*, Finansy i Statistiki, Moscú, 1988.
- 4 N. Shmelev y V. Popov, *The Turning Point, Revitalizing the Soviet Economy*, Doubleday, New York, 1989, pág. 189.
- 5 *The USSR in Figures for 1987*, pág. 254.
- 6 19th All Union Conference of the CPSU, *Documents and Materials*, Novosti Press Agency, Moscú, 1988, pág. 13.
- 7 *Wall Street Journal*, 28 de junio de 1989.
- 8 Shmelev y Popov, *op. cit.*, págs. 189-190.
- 9 Ver el útil estudio en esta materia: Alec Nove y J.A. Newth, *The Soviet Middle East. A model for Development?* George Allen & Unwin, Londres, 1967.
- 10 Reporte de Nikolai Ryzhkov al Congreso de Delegados del Pueblo, "Programa de Actividades Futuras del Gobierno de la URSS", en *Documents and Materials, May 25-June 9*, Novosti Press Agency, Moscú, 1989, pág. 60.
- 11 Un análisis estimulante e informativo de estos debates puede encontrarse en Moshe Lewin, *Political Under currents in Soviet Economic Debates, From Bukhann to the Modern Reformers*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1974.
- 12 Abel Aganbegyan, *The Economic Challenge of Perestroika* Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1988, pág. 3.
- 13 *The Strategy of Economic Development in the USSR*, Progreso Publishers, Moscú, 1987, pág. 21.
- 14 Abel Aganbegyan, *op. cit.*, pág. 8.
- 15 Moshe Lewin, *Political Under currents in Soviet Economic Debates*, University Press, Princeton, 1974, págs. 132-133.
- 16 Abel Aganbegyan, *Inside Perestroika*, Harper & Row, New York, 1989, pág. 47.